

sucristo, por El mismo, y porque El os hará agradables a Dios su Padre.

Creo, hijas mías, que como nos queda poco tiempo, lo que se ha dicho sobre la importancia de entregarse a Dios para comulgar bien bastará para daros a conocer las ventajas y desventajas que hay en comulgar bien o en comulgar mal, porque, si la persona que ha comulgado lo hace todo bien, como se ha dicho y es verdad, la que ha comulgado mal, lo hace todo mal.

¿Qué recibe aquel que comulga dignamente? Recibe a Jesucristo, y con El, mil gracias y mil bendiciones eficaces para lograr su salvación y contribuir con Jesucristo a la de los demás; recibe finalmente la vida eterna.

¿Y que recibe aquel que comulga indignamente? Desgraciadamente hijas mías, recibe su condenación. S. Pablo es quien lo dijo, y es cierto; porque el mundo se hundiría antes que la verdad de las palabras pronunciadas por los siervos de Dios, que eran los órganos del Espíritu Santo. Pues bien, lo dice la Sagrada Escritura y no hay que dudar. «El que recibe dignamente el cuerpo y la sangre de Jesucristo en el Santísimo Sacramento del Altar tendrá la vida eterna, dice este gran

apóstol (1 Cor. 11, 29-30); y el que lo recibe indignamente, recibe su condenación y será condenado eternamente, si no hace penitencia».

Por tanto, si el que comulga bien hace acciones que no son acciones ordinarias, sino acciones de Jesucristo, sin duda alguna el que comulga mal comete acciones no ya de hombre, sino de demonio, y si pudiera ser peores aún que de demonio. Porque ¿podría el demonio concebir algo tan sacrílego y tan abominable como lo que hizo Judas después de haber comulgado indignamente? ¡Sublevarse contra Dios después de haber recibido de El gracias tan señaladas! Parece que no hay nadie como el demonio capaz de esto. Y Judas lo hizo después de haber comulgado. ¡Abominación de abominaciones! ¡Abandonar el partido de Dios, rebelarse contra El, venderlo y entregarlo! ¡Oh! ¡Que las que abandonan su vocación tengan mucho miedo de que no sea ese el castigo de sus comuniones mal hechas y sin corrección ni enmienda! No hablo de nadie en particular, sino únicamente advierto que se tenga cuidado de no abusar de la bondad que tiene Dios con nosotros en este santo y augusto Sacramento. Dios no nos castiga por las primeras

faltas que cometamos contra El; pero tengamos miedo de que, por no corregirnos de esas faltas, lleguemos a comulgar mal, y que esa comunión mal hecha atraiga sobre nosotros el castigo de todos nuestros crímenes; porque Judas (vuelvo a este ejemplo) había cometido otros crímenes contra el Hijo de Dios; había concebido en su corazón contra El una envidia que había quedado sin efecto, pero apenas comulgo, el diablo se apodero de su corazón y lo comprometió en sus abominables empresas. Pero, Padre, diréis, ¿qué es una comunión mal hecha? Mis queridas hijas, ¡Dios nos guarde de eso! Espero de su bondad que ninguna de vosotras esté en pecado mortal. Pero hay que tener mucho cuidado en hacer las comuniones con fruto y provecho, ya que es cosa buena, y, aunque por la misericordia de Dios, no tengamos conciencia de estar en ese estado, hemos de examinar todo lo que puede impedir nuestro progreso, y aunque no haya alguna indisposición para la comunión, ver también lo que es necesario hacer para comulgar bien.

¿Que cree usted hermana, que es necesario para comulgar bien?

La hermana respondió que le parecía necesario pedir a Dios esa gracia.

-Basta eso, hija mía, y por allí es por donde hay que empezar. Pues, ¿quién puede esperar hacer una buena acción, si Dios no nos concede esa gracia? ¿Y quién puede por si mismo formar un buen pensamiento? Ningún hombre vivo, hijas mías, puede hacerlo por si mismo; S. Pablo es quien lo dice (Fip. 2,13; 2 Cor 3, 5) ¡Oh! ¿quién podrá prepararse entonces para hacer una buena comunión, si Dios no le, concede esa gracia? Esta hermana tiene; mucha razón al hablar de este medio. Es la base y el fundamento de todos los demás; y Dios no se lo negará nunca a quien se lo pida como es debido. ¡Dios le bendiga, hija mía!

Y usted, hermana, ¿que otro medio cree necesario para comulgar bien?

La hermana respondió que le parecía necesario desearlo ardientemente.

-Hija mía, tiene razón. Observad, hermanas, lo que ha dicho: hay que desearlo ardientemente; ardientemente, porque Dios no quiere que lo deseemos fríamente, ni tibiamente (Ap. 3, 15), sino con toda la fuerza y todo el ardor de la voluntad, lo mismo que desea El comunicarse a nosotros. Cuando instituyó el Santo Sacramento, dijo a sus apóstoles: *desiderio desideravi hoc pascha manducare*

vobiscum (Lc 22, 15); que quiere decir: he deseado ardientemente comer esta Pascua con vosotros. Pues bien, como el Hijo de Dios, que en la santa Eucaristía se da a sí mismo, lo deseó con un deseo tan ardiente, *desiderio desideravi*, ¿no es justo que el alma que desee recibir este soberano bien, lo desee con todo corazón?

Lo que les dijo a sus apóstoles, estad seguras, hijas mías, que os lo dice también a cada una de vosotras. Por esto hay que procurar excitar vuestro deseo con algún buen pensamiento. Deseas venir a mí, Señor mío; ¿y quien soy yo? Pero yo, Dios mío, deseo con todo mi corazón ir a ti, porque eres mi soberano bien y mi fin último. El difunto señor obispo de Ginebra (S. Francisco de Sales) decía que celebraba siempre como si fuera la última vez, y comulgaba como si fuese en viático. Esta práctica es excelente, y os la aconsejo, mis queridas hijas, todo cuando puedo.

Los días de vuestras comuniones están bastante regulados; podéis saberlos, y desde el día anterior, disponer vuestro corazón. Yo lo recibiré mañana, Dios mío. ¡Ay! ¡como quisiera que fuese con la misma preparación que tuvieron la Santísima Virgen y todos los san-

tos! Me gustaría, Dios mío, tener todo el amor de los serafines para entregártelo. ¿Qué haré, Dios mío? ¿qué dirá mi entendimiento? ¿qué hará mi memoria? ¿que te dará mi voluntad? Señor, Dios mío, pon lo mismo lo que quieras en mi. Que esta comunión repare todos los defectos de las demás, de las que he sido tan desgraciada que no me he sabido aprovechar, y que pueda, Dios mío, ser lo que me gustaría ser, si fuese la última vez de mi vida, y tuviese que morir inmediatamente después de haberla hecho.

Podéis, hijas mías, hacer también un acto de contricción de todos los pecados de vuestra vida pasada, una nueva detestación y resolución de evitarlos; y de esta manera, Dios bendecirá vuestra disposición y no dejará de comunicarse a vosotras y de daros su espíritu para realizar lo que quiere de vosotras para la vida o para la muerte.

¿Y usted, hermana, que cree que hay que hacer para comulgar bien?

-Creo, Padre, que es muy necesario, para aprovecharse de la santa comunión, tener mucho cuidado de dar gracias a DIOS.

-Tiene razón, hija mía. Lo que antes dijimos se refería a la preparación; y después de

la santa comunión es absolutamente necesario dar gracias a Dios. Si la esposa acogiese mal al esposo el día de la boda, que El estuvo deseando tanto tiempo y en el que espera tantos testimonios de afecto, ¡cuán herido se sentiría y lleno de dolor! ¡cuantos motivos tendría para quejarse del mal trato de su esposa! Y si fuese de tal condición que la honró mucho al casarse, ¡cuán ofendido e indignado se sentiría por ello!

Si un amigo, separado desde hace mucho tiempo de otro amigo, deseara con pasión volver a verlo, mantuviese en sí mismo esa esperanza, se alegrase con el pensamiento de este consuelo, y si, el día en que le ve de nuevo, en vez del amigo que se prometía, encuentra un enemigo, dispuesto a darle una puñalada en el pecho y quitarle la vida, ¿que pasaría? Ese esposo, en vez de una esposa, se encontraría con una desvergonzada; y ese amigo, en vez de con un amigo, se encontraría con un enemigo. Pues bien, hijas mías, así es Jesucristo con las almas que se han entregado a El. Es un esposo mejor que todos los esposos de la tierra, y de una manera completamente distinta, por ser celestial y divina. Es un amigo mejor que todos los amigos del mundo, porque ha dado su

sangre y su vida por la salvación de cada alma. ¿Que diría pues, si habiendo deseado con un gran deseo (*desiderio desideravi*) unirse a vosotras, haceros partícipes de sus gracias, de sus méritos y de su gloria, que dirá si, permaneciendo en el silencio y en la ingratitud, lo despreciaseis y le volviéseis la espalda. ¿No tendría motivos para enfadarse con toda justicia y retirar todas las gracias que os había distribuido tan abundantemente? De ahí es, hijas mías, de donde se siguen las pérdidas de la vocación y ese ha sido el motivo por el que el desgraciado Judas se vio abandonado en manos del demonio que le tentaba. Judas habría recibido remedio contra la tentación si hubiese querido servirse de ello; pero lo despreció y ya sabéis lo que le pasó.

Me acuerdo de que hace seis o siete años el difunto rey Luis XIII estuvo siete a ocho días molesto porque, a la vuelta de un viaje, como hubiese mandado aviso al Delfín para verlo, este no le quiso ver (era todavía un niño) y le volvió la espalda. El rey, enfadado, la tomó con los que estaban al lado de Delfín y les dijo: «Si hubiéseis dispuesto bien a mi hijo, si le hubiéseis mostrado cuanto le conviene verme, habría venido a mi presencia, como era su

obligación, y habría demostrado su alegría por mi retorno»..

Pues bien, hijas mías, si un rey de la tierra se molesta con razón porque su hijo, a su llegada, le vuelve la espalda, ¿que hará Jesucristo, rey del cielo y de la tierra, en cuya comparación no son nada todos los reyes? ¿Que hará, digo yo, si se encuentra con alguna de vosotras que, por no haberse preparado por la consideración de lo que es Dios y del bien que trae a su alma, en vez de poner todo su empeño en darle gracias, en ofrecerle su corazón, en entregarle su alma, en abandonarse totalmente en sus manos, se quedase fría e inútil? ¡Oh! ¡cuántos motivos tendría para sentirse ofendida su divina bondad! Hijas mías, tengamos mucho cuidado, os lo ruego, tanto por el amor de lo que debemos a Dios, como por el bien que con ello obtendrán nuestras almas y por la gloria que daremos a Dios, si nos hacemos indignos de las gracias que El quiere hacernos.

Y usted, hija mía, ¿qué es necesario hacer para comulgar bien?

-Creo, Padre, que, si comulgamos bien una vez, esa comunión servirá de preparación para comulgar bien otra vez; y así atraeremos las

gracias de Dios sobre nosotras para no hacer nunca una mala comunión.

-Está muy bien, hermana mía. Quiere decir que, cuando nos hayamos preparado bien una vez, comulgaremos con la resolución de permanecer fieles a Dios; que nos esforcemos en ello todos los días, porque, mis queridas hijas, allí es adonde hay que llegar; y que, para comulgar bien, tendremos cuidado de dar gracias a Dios, para que esa comunión nos sirva de preparación para hacer la siguiente, y así también la otra; y de esta forma atraeremos nuevas gracias de Dios para subir hasta el más alto grado de amor y de perfección.

Y usted, hermana mía, tiene algún otro medio?

-Señor, me parece que una de las cosas necesarias para disponerse a comulgar bien, es mantenerse retirada, como lo hacía la Santísima Virgen, sin hacer ninguna visita inútil y hablando poco.

-Así pues, hermana mía, ¿cree que para comulgar bien hay que hablar poco y no hacer visitas en la ciudad?

-Padre, este es mi pensamiento.

-¡Oh! ¡Que Dios la bendiga, hija mía, tiene mucha razón! Hay algo que disipe tanto el

corazón como las palabras y que dañe tanto al recogimiento y al progreso espiritual como las visitas inútiles? ¡Oh! Si alguna de vosotras, hijas mías, bajo algún aparente y piadoso pretexto, que sería el único que pudierais tener, se dejase llevar a algo de donde no sacaría ningún provecho delante de Dios, que se deshaga de ello. La Santísima Virgen salía por las necesidades de su familia y para aliviar y consolar a su prójimo; pero era siempre en la presencia de Dios; y fuera de eso, permanecía siempre tranquila en su casa, conversando espiritualmente con Dios y con los ángeles. Pedidle, hijas mías, que os obtenga de Dios este recogimiento interior para disponeros a la santísima comunión del cuerpo y de la sangre de su divino Hijo, Para que podáis decir: «¡Mi corazón está preparado; Dios mío, mi corazón está preparado!».

¿Y usted, hermana, que cree necesario? Indíquenos algún buen medio para comulgar bien.

La hermana respondió que le parecía necesario, no solamente no tener ningún afecto al pecado mortal, sino incluso deshacerse de todo lo que pudiéramos tener de vicioso, bien sea en el modo de ser, bien en la voluntad, etc.

-Ved, hijas mías, no basta, para comulgar muchas veces, no tener ningún afecto al pecado mortal, sino que además es preciso deshacerse de todo afecto desordenado, porque todo afecto desordenado es vicioso. Pues bien, amar ardientemente a una hermana y apegarse a ella, es un afecto desordenado; preferir estar en un lugar más que en otro, o en un cargo más que en otro, es un afecto desordenado, y hay que romper con él para hacerse digna de comulgar muchas veces.

¿Y usted, hermana, tiene algún otro medio? Díganos qué es lo que hace cuando quiere prepararse para la santa comunión.

La hermana respondió que se entregaba totalmente a Dios, diciendo con Sta. Teresa: «Dios mío, tú te das totalmente a mí, yo me doy totalmente a tí», y que era necesario, Para aprovecharse de la santa comunión, mortificar los sentidos y especialmente la curiosidad de ver y de escuchar cosas inútiles, que nos ocupan el espíritu y nos impiden la unión con Dios.

¿Quiere usted, Señorita, decirnos sus pensamientos sobre estos puntos?

Entonces la Señorita dio lectura a sus notas, que había redactado en estos términos:

-Sobre el primer punto, creo que hay dos razones principales, en las que están comprendidas todas las demás; una el temor y otra el amor. El mandamiento de la Iglesia de comulgar todos los años bajo pena de pecado mortal nos da a conocer que Dios quiere absolutamente que comulguemos; y hay motivos para creer que con esta amenaza nos advierte que comulguemos con mayor frecuencia, so pena de perder muchas gracias que se nos darían por la santa comunión.

También nos importa mucho entregarnos a Dios para comulgar bien, ya que sin esto estaríamos en peligro de que las amenazas, tanto a quienes no comulgan, como a quienes comulgan mal, se dirigiesen a nosotras para castigarnos.

La otra razón que tenemos para entregarnos a Dios y comulgar bien es el reconocimiento que hemos de tener del gran amor que nos muestra, al entregarse a nosotros en la santa comunión; esto lo podemos hacer solamente testimoniando a nuestro Señor un amor en cierta forma recíproco, deseando recibirlo con todo nuestro corazón, ya que El se quiso entregar a nosotros con todo su corazón. Su amor me ha parecido todavía mayor en que, habiendo bas-

tado su encarnación para nuestra redención, parece que se entrega a nosotros en la santa hostia solamente para nuestra santificación, no sólo por la aplicación de los méritos de su encarnación y de su muerte, sino también por la comunicación que su Bondad desea hacernos de todas las acciones de su vida, y para ponernos en la práctica de sus virtudes, deseando que seamos semejantes a El por su amor.

Sobre el segundo punto, que es sobre lo que nos conviene hacer para entregarnos a Dios para comulgar bien, me parece que es preciso que tengamos tan alta estima de la comunión, que sintamos miedo de no tener en nosotras las disposiciones para comulgar bien, y que, como uno de los efectos de la santa comunión, y el principal, es unirnos a Dios, tenemos que quitar en cuanto podamos, los impedimentos para esta unión. Viendo que el más peligroso de todos es estar demasiado apegadas a nosotras mismas, por el amor a nuestra propia voluntad, es necesario que nos entreguemos a Dios para no tener nada más que una misma voluntad con El, para participar de los frutos de la santa comunión; es lo que yo deseo hacer según lo que tantas veces me ha dado a conocer Dios de que soy inca-

paz de toda clase de bien y muy indigna de la santa comunión.

Lo que creo que hay que hacer es poner una mayor atención en las acciones del Hijo de Dios, para procurar unir a ellas las mías, con la ayuda de su gracia. Y puesto que sé que Dios lo ve todo, creo que es preciso que tengamos siempre una recta intención para comulgar, sin mezcla de ningún respeto humano, sino por el amor que hemos de tener a la humanidad santa y divina de Jesucristo, para ser fieles en corresponder al amor que nos tiene en este Santísimo Sacramento.

El conocimiento que Dios me ha dado del abuso que muchas veces he hecho en mi vida de la santa comunión, llevando una vida que me hacía indigna de ella por la violencia de mis pasiones, me ha inspirado el deseo de esforzarme en mortificarlas, para que no tenga que experimentar el odio de Dios, sino su amor, en el caso de que continuase usando mal este divino alimento.

Ved, hijas mías, cuántos medios suficientes hay para disponeros a comulgar bien y aprovecharos de vuestras comuniones. Y cuando comulgéis de esta forma y con las disposiciones que vosotras mismas habéis dicho, ya

que la bondad de Dios os ha comunicado todas estas verdades, y yo no he hecho nada más que recogerlas, cuando -repito- comulguéis de esta manera, podréis estar seguras de que habéis comulgado bien. Habéis dicho que se necesitaba pedir a Dios esta gracia. No hay nada tan fácil como pedírsela, y la alcanzaremos si se la pedimos como es debido, esto es, con buen corazón, con el deseo de utilizarla bien.

Los medios no faltan: mortificar las pasiones, mortificar los sentidos, hablar poco, no hacer ninguna visita inútil, disponerse con una comunión para la otra, y en este tiempo, hijas mías, progresar siempre algunos grados en virtud y en amor de Dios, y todos los demás medios eficaces de los que habéis hablado, sobre los que no he tenido que hacer nada más que algunas observaciones. Hay un medio, hijas mías, del que no habéis dicho nada, que es confesarse; ¡sí, hijas mías, hay que confesarse! Esa es la preparación próxima y la que repara las faltas que podría haber en todos los demás. Suple a su imperfección y confiere la gracia que hace a nuestras almas tan agradables a Dios. Por tanto, hay que confesarse siempre que se pueda; porque no estaríamos nunca demasiado puros para acercarnos a Dios; pero,

sobre todo, hay que ir con resolución de esforzarse en nuestra enmienda.

Otro medio para obtener también el perdón de todas las faltas que podemos haber cometido en nuestras comuniones, tanto vosotras, hijas mías, como yo, miserable pecador, es pedir misericordia a Dios por el pasado, y gracia para el porvenir. Haced esta petición con todo vuestro corazón, cada una en particular; y yo, como el más culpable de todos, la haré en alta voz, por vosotras y por mí, con el corazón lleno de confianza en que Dios no mirará mis pecados, sino vuestro deseo.

Dios mío, con todo mi corazón te pido misericordia. ¡Misericordia Dios mío, misericordia por todos los abusos que hemos hecho de tus gracias! Por la negligencia que hemos tenido en corregirnos de las faltas que lo disgustan en nosotros, ¡misericordia, Dios mío! Por todas las veces que hemos tratado indignamente tus sagrados misterios, ¡misericordia, Dios mío! No te acuerdes de nuestros pecados. ¡Que queden borrados esos días desgraciados y que tu misericordia los olvide para siempre! ¡Te lo pido, Señor mío, por toda esta Compañía y por mí, y al mismo tiempo te suplico, Dios mío, que nos concedas la gracia de

que nunca nos acerquemos a tus santos altares más que con la preparación que deseas, para que podamos practicar los medios que nos has dado a conocer, tan necesarios para esto y para que podamos ser fieles a tus gracias y a tu santo amor. No consideres, Dios mío, la voz del pecador que te habla, sino dignate mirar los corazones de los que te suplican esta misericordia y esta gracia y concédeme a mí, aunque el más indigno, que no deje de pronunciar las palabras de bendición que confieren tu espíritu y tu gracia, confiando en tus promesas. ¡Quiera tu bondad, según las vaya pronunciando, llenar de ellas los espíritus de quienes las reciben de tu parte!

Benedictio Dei Patris...

6. Sobre la pureza de intención.

El primer punto de esta conferencia es sobre las razones que tienen las Hijas de la Caridad para hacer todas sus acciones con espíritu de caridad y viendo a Dios, esto es, hijas mías, con intención de agradar a Dios; el segundo sobre los medios para realizar así todas las acciones; y el tercero, sobre los males que po-

drían venir o sobre el daño que se derivaría de no hacer las acciones con esta intención.

Este es, hermanas mías, el tema de la presente charla. Hace tiempo que no tenemos ninguna de tanta importancia, pues la intención es la que da valor a todas nuestras obras, para hacerlas meritorias delante de Dios.

Hermana, ¿quiere decirnos las razones que ha pensado sobre este tema?

La hermana respondió que, si hacemos todas nuestras acciones con el designio de agradar a Dios, El mismo será nuestra recompensa. Querer agradar a Dios quiere decir que no hay que buscar la recompensa, sino obrar puramente por su amor. Sin esta intención, sería imposible perseverar en nuestra vocación.

-¡Qué hermoso es esto, hijas mías!; no puedo dejarlo pasar sin indicároslo. Si las Hijas de la Caridad estuviesen en esa situación, dándole gloria y servicio a Dios, ¡cuánto agrado y complacencia tendría Dios en ellas!

Y usted, hermana, ¿por qué es conveniente que las Hijas de la Caridad hagan sus acciones con espíritu de caridad?

-Señor, porque esto agrada más a Dios.

-¿Y qué es lo que hay que hacer, bija mía, para tener intención de agradar más a Dios?

-Desde la mañana hay que pedir a Dios la gracia de no hacer nada que no sea por su amor a través de toda la jornada.

-Y, si esto falla, ¿qué pasa a la persona que está ocupada desde la mañana sin pensar en otra cosa más que en ejecutar sus obras, sin pensar en Dios?

La hermana respondió que si falla este pensamiento, trabajamos en vano, y que lo que hacemos no se nos tiene en cuenta.

Otra hermana dijo que, para obligarnos a hacer bien todas nuestras acciones, sería conveniente representar la grandeza de Dios; otra, que había que hacerlas con moderada diligencia y sin prisas, ya que esto es lo que nos impide algunas veces elevar nuestro espíritu a Dios.

Otra hermana dijo que otra razón para hacer todas nuestras acciones con espíritu de caridad, es que estamos muy lejos de esta virtud, que es tan necesaria, y sin la cual llevamos indignamente el nombre de Hijas de la Caridad, pues hay que temer que no lo seamos más que en apariencia y no efectivamente.

Otra razón es que, si no obramos con la vista puesta en Dios, obramos para complacer a las criaturas, y por consiguiente recibimos nuestra recompensa en este mundo y no reci-

biremos la de nuestro Padre que está en los cielos, ya que no trabajamos por El.

La tercera razón es la advertencia que nos hace S. Pablo de que aunque hagamos toda clase de buenas obras, si no tenemos caridad, que quiere decir puro amor de Dios, esto no nos servirá de nada (1 Cor 13, 1-3).

Un buen medio es mantenerse en una gran presencia de Dios, para excitarnos de este modo a agradar al que nos está viendo continuamente, examinándonos con mayor frecuencia para ver si nuestras intenciones están acaso mezcladas con otros fines distintos del amor a Dios, y procurar arrancarlas, si vemos que son impuras.

Otro medio es convencernos fuertemente de que los pobres son miembros del Hijo de Dios y de que en ellos servimos a la persona de Jesucristo.

Sobre el tercer punto, he pensado que, sin este espíritu, podría llegar a darse una gran desunión en la comunidad, pues si se falta a la caridad falla la unión, y por consiguiente ya no hay comunidad, puesto que lo que la mantiene es la vinculación de los corazones; de ahí se sigue que muchas perderían su vocación, porque si las acciones que se hacen son bajas

y vulgares y no se las llena del espíritu de caridad y de la idea de Dios, como habría que hacerlo, fácilmente se dejarían llevar y descorazonar por el espíritu del mundo, que no es nada más que un espíritu de soberbia y de ambición y que no puede saborear las bajezas de Jesucristo.

Mi resolución ha sido la de no ver más que a Dios en todas mis acciones, a fin de hacerlas por su amor, mediante su santa gracia.

Otra hermana dijo, sobre el primer punto, que es justo mirar la soberana majestad de Dios, que el fin principal de nuestras acciones es agradarle, y que no podrían serle agradables, si estuviesen desprovistas del espíritu de caridad.

La segunda razón es que, si no hacemos nuestras acciones con este espíritu y con esta idea, son acciones perdidas para nosotros y no pueden ser meritorias delante de Dios.

La tercera razón es que somos llamadas Hijas de la Caridad; faltaríamos a lo que este nombre significa si tuviésemos otros motivos en nuestras acciones, sin acordarnos de agradar a Dios y de hacerlas con espíritu de caridad.

Para que nuestras acciones estén animadas de este espíritu, es conveniente unirlas a

las acciones semejantes de Jesucristo y recurrir a los continuos deseos que El tuvo de complacer a su Padre eterno, para suplir lo que nos falta, y aquel espíritu de caridad con que estaban animadas sus acciones, para dar calor a la tibieza de las nuestras.

Otro medio es elevar nuestro espíritu a Dios cada día y, si es posible, en cada acción principal, para pedirle la gracia de hacerla con espíritu de caridad y para no dar gusto a nadie más que a El.

Sobre el tercer punto, he observado tres faltas principales contra esta santa práctica: la primera es que, si no tenemos la idea de agradecer a Dios ni el espíritu de caridad, haremos nuestras acciones con indiferencia y sin ningún mérito.

La otra falta sería hacerlas por nuestra sola satisfacción, sin más idea que nuestro propio contentamiento. La tercera y la peor de todas sería hacerlas por complacer a los demás y procurar su estima.

-Bien, mis queridas hermanas; esto va bien, por la misericordia de Dios. Habéis indicado muy buenas razones; y por la forma con que las habéis dicho, parece como si vuestros corazones estuviesen tocados y estuviéseis todas

resueltas a entrar en la práctica de no hacer nada en adelante más que con la intención de agradar a Dios. Es lo que S. Pablo quiso decir con aquellas palabras: «Tanto si bebéis, como si coméis, hacedlo por el amor de Dios» (1 Cor. 10, 31). Hermanas mías, si las acciones naturales se hacen meritorias y agradables a Dios en todo, cuando se hacen por su amor, cuánto más las acciones por sí mismas excelentes, como la oración, la práctica de la reglas, la asistencia a los pobres, etcétera. Sin embargo, muchas veces las hacemos sin intención y sin atención. ¡Dios mío!, mis queridas hermanas, ¡cuánto perdemos al no fijarnos en lo que hacemos, y cuánto quitamos a nuestro Señor por no dárselo!

¿Pensáis, hermanas mías en el placer que Dios experimenta viendo a un alma atenta a agradarle, deseosa de ofrecerle todo lo que hace? No puede imaginarse, hermanas mías; y con razón se puede decir que esto da alegría a Dios. Sí, aquí está su alegría, aquí está su placer, aquí están sus delicias. Es como cuando un niño se preocupa de ofrecer a su padre todo lo que se le da; si alguien le da algo, no descansa hasta encontrar a su padre: «Toma, padre mío; mira lo que tengo; me han dado esto;

he hecho esto». Y aquel padre se complace indeciblemente al ver la docilidad del niño y esas pequeñas señales de su amor y de su dependencia. Lo mismo pasa, mis queridas hijas, con Dios, y en un grado muy distinto. Cuando un alma, desde la mañana, le dice: «Dios mío, le ofrezco todo lo que me suceda hoy, y cuando, además, en las principales ocasiones que se le presentan de hacer o de padecer algo, echa una ojeada interior hacia su divina Majestad para decirle con un lenguaje mudo: «Dios mío, esto es lo que voy a hacer por tu amor: este servicio me parece molesto y duro de soportar, pero por tu amor nada me es imposible»; entonces, hijas mías, Dios aumenta la gracia a medida que su bondad ve el uso que de ella hace el alma, y, si tuvo hoy fuerzas para superar una dificultad, mañana la tendrá también para pasar por encima de otras muchas más grandes y molestas.

Se han dicho otras muchas cosas, que os han podido dar a comprender la importancia de esta práctica, la gloria que Dios obtiene en ella, el bien que proporciona a las almas que la siguen; y sería demasiado largo repetíroslo. ¿Qué hacer pues? Empezar a practicarlo también nosotros.

Se ha dicho en primer lugar que había que dirigirse a los ángeles de la guarda, y es verdad...

7. Sobre la oración meditación.

Hermanas mías, el tema de esta conferencia es sobre la oración; el primer punto trata sobre las razones que tenemos para no dejar de hacerla todos los días; el segundo, de los pensamientos que Dios os haya dado sobre el tema de la venida del Espíritu Santo. Sobre el primer punto, hijas mías, tenéis que examinar por qué razones es conveniente e incluso necesario que una Hija de la Caridad no deje de hacer todos los días su oración; las ventajas que tendrá si la hace; y los daños que recibirá, si falta a ella.

Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que piensa sobre esto?

-Sobre el primer punto, me parece que después de la sagrada comunión la oración es alimento del alma; lo mismo que todos los días necesitamos el alimento corporal, también necesitamos todos los días el alimento espiritual para la conservación de nuestra alma.

La segunda razón es que en la oración escuchamos los deseos de Dios, nos perfeccionamos, tomamos fuerzas para resistir a las tentaciones y nos robustecemos en nuestra vocación; finalmente, allí es donde nuestra alma tiene la dicha de poder hablar de corazón a corazón con Dios. Por el contrario, cuando no hacemos oración, vamos debilitándonos y no sentimos la presencia de Dios durante toda la jornada.

Sobre el segundo punto, que es de la venida del Espíritu Santo, he pensado que, para ser dignos de que el Espíritu Santo venga a nosotras, hemos de tener una gran unión y no ser nada más que un solo corazón (Hech. 4, 32), principalmente entre nosotras, para representar mejor la unión que el Espíritu Santo tiene con el Padre y el Hijo, y vaciar todas las potencias de nuestra alma de los afectos desordenados, para que el Espíritu Santo ponga allí su morada y nos llene de sus dones y gracias. Además, es menester que tengamos mucha humildad y paz interior, porque el Dios de paz no habita más que en un lugar de paz. Sabremos que lo hemos recibido cuando sintamos en nosotras más amor y generosidad en la adquisición de las virtudes. Yo me he sentido muy

lejos de estas disposiciones y he tomado la resolución de trabajar en ellas, con la gracia del Espíritu Santo.

-Hermana, haga usted el favor de decirnos los pensamientos que ha tenido sobre este tema.

-Padre, una razón para no dejar de hacer la oración todos los días es la necesidad que tenemos de fuerzas para combatir nuestra inclinación natural al mal, y la obligación en que estamos de corresponder a los deseos que Dios tiene de santificarnos, para lo cual nos da los medios en la oración.

-¿Y usted, hija mía? ¿Quiere decirnos lo que ha pensado?

-Sobre el primer punto he pensado que nuestro Señor se sirvió de la oración durante toda su santa vida y la practicó desde la infancia, ya que se apartaba con frecuencia de sus padres para hacer oración en el templo de Jerusalén (Lc. 2, 41-50). Otra vez, cuando quiso elegir a sus apóstoles, acudió a la oración (Lc. 6, 12-13), y continuó esta práctica hasta la muerte en la cruz. Y puesto que el Hijo de Dios nos ha dado ejemplo, tenemos que imitarlo. Otra razón es que la oración nos acerca más a Dios y nos une a El por la práctica de las resoluciones que allí tomamos. La tercera razón es que una

Hija de Caridad que no hiciera oración todos los días no podría agradar a Dios ni permanecer mucho tiempo en su vocación; y no podría ser verdadera Hija de la Caridad, ya que en la oración es donde se toman fuerzas para animarse en el servicio de Dios y del prójimo:

Sobre la venida del Espíritu Santo, he pensado que, si queremos recibir la gracia del Espíritu Santo en la oración, tenemos que apreciar mucho este ejercicio y ser fieles a él todos los días hasta la muerte, como el alimento de nuestra alma y su pan de cada día.

Sobre lo que se dice de que los apóstoles, después de haber, recibido al Espíritu Santo, se sintieron totalmente cambiados y empezaron a hablar en nuevas lenguas (Hech. 2, 4), he pensado que también, yo conocería que he recibido al Espíritu Santo, si en mis palabras o en mis acciones empezase a hablar un lenguaje muy distinto, si me abstudiese de decir tantas palabras inútiles como digo muchas veces por ligereza de espíritu, y dejase de dar mal ejemplo a mis hermanas.

-Hermana, ¿quiere usted decirnos lo que Dios le ha inspirado sobre este tema?

-He pensado, en el primer punto, que nuestro Señor ha dicho, que su casa era casa de

oración (Mt. 21, 13) y que, como nos ha concedido la gracia de llamarnos a su servicio, tenemos que dedicarnos a la oración para no desdecir de lo que hay que hacer en la casa de Dios.

2.º Como la oración es el alimento del alma, si dejamos de hacerla, nuestra alma estaría en peligro de desfallecer, lo mismo que nuestro cuerpo, cuando no toma el alimento debido.

3.º Hacer oración es hacer lo que los ángeles y los santos hacen en el cielo; en la oración es donde el alma trata con Dios con amor y familiaridad, y perdería esta familiaridad infaliblemente si descuidase este santo ejercicio.

4.º La oración nos aparta del pecado, porque ¿cómo es posible que, al intimar todos los días con Dios, pudiésemos habituarnos al pecado, al que tanto odia? Si caemos en él. Dios nos concede la gracia de conocerlo en la oración y nos da fuerzas para levantarnos. Por tanto, es imposible que el alma fiel y puntual en la práctica de la oración no haga progresos en la virtud.

5.º Dios nos concede todos los días en la oración la gracia suficiente para trabajar en

nuestro progreso y nos hace ver lo que nos conviene para abrazarlo, o lo que es necesario que evitemos.

Sobre la oración de hoy, me he fijado en aquellas palabras: «Habiéndose cumplido los días de Pentecostés» (Hech. 2, 1.), y he visto cuán fiel es Dios en sus promesas, aunque sin cambiar para nada las órdenes de su presciencia, tal como se ve en este misterio, que solamente se cumple en el tiempo ordenado por Dios, aunque hubiera podido parecer necesario que el Espíritu Santo descendiese sobre los apóstoles cuando nuestro Señor subió al cielo, para no dejarlos sin protección. Sin embargo, luego se vio que este retraso les había sido muy beneficioso para darles a conocer, por la pena de la privación, el bien que esperaban, y para disponerlos mejor a recibirlo; esto me ha dado la resolución de amar y adorar esta santa Providencia, que ordena todas las cosas para nuestro mayor bien, y confiarme a sus amorosos cuidados.

2.º Me he fijado en la alegría que experimentarí­a la Santísima Virgen, al sentirse tan llena del amor sagrado del Padre y del Hijo, que había realizado en ella el misterio de la Encarnación, los actos de adoración que hizo

delante de Dios, la acción de gracias y la ofrenda de sí misma que ella le hizo. También me he fijado en la alegría de los apóstoles, que se sintieron muy distintos de lo que antes eran, en el entusiasmo que les animaba, ya que desde entonces ejercieron su ministerio sin temor alguno. Me he dirigido a la Santísima Virgen, como Esposa del Espíritu Santo, para que me obtuviese de El el favor de que Dios tomara posesión de mi corazón y lo abrasase en su amor sagrado.

3.º He considerado el gran don que Dios concedió a la Iglesia por medio del Espíritu Santo, que no es más que amor. Dios quiso que ella empezase a mostrarse en público, después de haberlo recibido, para enseñarnos a todos que, como verdaderas hijas de la Iglesia, tenemos que estar unidas por un santo y verdadero amor las unas con las otras. He pedido a este santo Espíritu que ponga en mí sus frutos y sus dones, que realice los verdaderos efectos de su amor y que destruya mi amor propio, que hasta ahora ha sido el que me ha dominado, y al que estoy decidida a combatir, con la ayuda y asistencia de su gracia.

Algunas otras hermanas dijeron poco más o menos las mismas cosas. Por eso las omiti-

remos. Y como nuestro muy venerado Padre tenía prisa, abrevió las preguntas que su caridad dirige ordinariamente a la mayor parte de las hermanas, y preguntó a la Señorita quien respondió:

-En el primer punto de nuestra oración, he visto que una de las razones que tenemos para no dejar de hacer oración todos los días es su excelencia, ya que cuando la hacemos hablamos con Dios. Y en esto he reconocido grandes ventajas, ya que en ella Dios puede dar a conocer su bondad rebajándose hasta ese punto y elevándonos de esa forma.

Otra razón es la recomendación que el Hijo de Dios hizo tantas veces, con palabras, y ejemplos, para que orásemos a Dios su Padre, tanto por la oración vocal que El nos enseñó, como por la mental, advirtiéndonos que Dios quiere ser servido en espíritu y en verdad (Jn. 4, 23).

La tercera razón es que, como la oración es un don de Dios, tenemos que hacer todo lo posible para atraerlo sobre nosotras, no solamente por las grandes ventajas que de esta forma obtendremos, sino por la estima que hemos de tener al donante.

El segundo punto es sobre los pensamientos que Dios nos ha dado sobre la oración de

hoy. Mi espíritu se ha ocupado en la promesa que hizo el Hijo de Dios a todos los que le aman y cumplen sus mandamientos (Jn. 14, 23); he visto la justicia de todo esto, y Dios ha producido en mí actos de amor y me ha dado una gran alegría por sentirme honrada con esta libertad, a pesar de mi indignidad en tantas cosas. He considerado que el efecto de esta promesa nos había llegado plenamente hoy, cuando el Espíritu Santo ha sido enviado a la Iglesia por el Padre y el Hijo, indicando seguramente que la Santísima Trinidad mora en nosotras y que en este día fue cuando los hijos de la Iglesia fueron hecho hijos adoptivos de Dios.

Esta venida y morada de Dios en nosotras está sellada por la plenitud de las gracias y de los dones. Yo he querido prestar mi consentimiento a todo esto, tomando la resolución de trabajar más que nunca por quitar los impedimentos que mis sentidos y pasiones pueden presentar, a fin de participar en esta plenitud que tuvieron los apóstoles, ya que su entendimiento se vio iluminado y lleno de las ciencias necesarias a su vocación, su memoria se vio refrescada con las palabras y acciones del Hijo de Dios, y su voluntad se llenó de ardor

en el amor a Dios y al prójimo, y el Espíritu Santo, obrando poderosamente en ellos por medio de esta plenitud, les hacía decir y enseñar con eficacia la grandeza y el amor de Dios. He sentido muchos deseos de glorificar a Dios en sus maravillas, de entregarme a El para que haga en mí y por mí su santísima voluntad, aunque la realidad me haga ver mis debilidades e infidelidades, que me hacen ofenderle mucho y contrariar sus proyectos. Y lo que más temo es que todo esto sea un impedimento para las gracias que la bondad de Dios derramaría sobre la Compañía, si yo fuese distinta, por lo que le pido muy humildemente perdón, así como también por haber sido tan inconscientemente atrevida (estaba de rodillas) al elegir el tema de esta conferencia sin haber hablado anteriormente con usted, padre mío.

Nuestro muy venerado Padre hizo que se levantase y empezó de esta manera:

-La primera o una de las razones que se han dicho sobre la importancia y el bien inmenso que supone hacer oración todos los días, es que nuestro Señor se la recomendó muchas veces a sus apóstoles y a sus discípulos, en las instrucciones que les daba sobre lo que habían de hacer después de su muerte. «Invocad a mi

Padre, les dijo; pedidle a mi Padre; lo que le pidáis en mi nombre, se os concederá» (Jn. 14, 13). Y lo que dijo a sus discípulos, hijas mías, nos lo dice también a nosotros. Y tras esta recomendación del Hijo de Dios, tan ventajosa para nosotros, ya que nos da la libertad de dirigirnos a Dios por la oración, ¿no hemos de concebir una gran estima de ella y entregarnos a El para no fallar jamás? Tenéis que tener mucho cuidado de evitar, hijas mías, todos los impedimentos que podrían surgir a propósito de la hora, ya que con frecuencia se os pueden presentar. Pero, cuando pase algo y os deis cuenta, entonces animaos con la recomendación que Jesucristo hizo de ella. Tú, Dios mío, me has recomendado que ore, y sería muy cobarde si quisiese librarme de ello. ¡Voy allá! Ya veréis todas, hijas mías, qué poderoso es este motivo, y los bienes que entonces alcanzaréis.

A este motivo voy a añadir otro. Se ha creído conveniente que hagáis oración todos los días, tal como indican vuestras reglas. Diré más aún, hijas mías; hacedla, si podéis, a cualquier hora, e incluso no salgáis nunca de ella, porque la oración es tan excelente que nunca la haréis demasiado; y cuanto más la hagáis, más

la querréis hacer, si de veras buscáis a Dios. Así pues, hijas mías, ya que se dice en vuestras reglas que tenéis que hacerla, es menester procurar, en la medida de lo posible, no faltar nunca a ella. Y si os lo impide esa medicina que tenéis que llevar por la mañana durante la hora de la oración, tenéis que buscar algún otro tiempo, de forma que nunca la dejéis.

Se ha puesto como segundo motivo la confianza que ha de animarnos cuando hacemos oración, basada en las promesas del Hijo de Dios que nos ha asegurado su recompensa. «Pedid, nos dice, y recibiréis» (Mt. 7, 7; Lc. 11, 9-13). Hay algunos caracteres tímidos y vergonzosos que no se atreven a proponer nada por miedo a verse rechazados, y a no pedir nada por miedo a recibir una negativa.

Jesucristo nos ha ofrecido toda la seguridad de que seremos bienvenidos ante el Padre cuando oremos. No se ha contentado con hacer una simple promesa aunque hubiera sido más que suficiente, sino que ha dicho: «En verdad os digo que todo lo que pidáis en mi nombre, se os concederá» (Jn. 14, 13). Así pues, con esta confianza, mis queridas hijas, ¿no hemos de poner todo nuestro cuidado en no perder las gracias que la bondad de Dios

quiere concedernos en la oración, si la hacemos de la forma debida?

Otra de las razones que también habéis alegado es que nuestro Señor era hombre de grandísima oración; y como se ha indicado, desde sus primeros años se apartaba de la Santísima Virgen y de San José para hacer oración a Dios, su Padre. Y durante toda su vida de trabajo era siempre muy puntual y fiel en hacerla. Se le veía ir expresamente a Jerusalén, se aislaba de sus discípulos para orar, y no se retiraba al desierto más que para eso. ¡Dios mío! ¡Cuántas veces se echaba al suelo con la faz en tierra! ¡Con cuánta humildad se presentaba a Dios su Padre cargado con los pecados de los hombres! Finalmente, hizo oración hasta verse totalmente agotado por el ayuno al que quiso sujetarse. Pero su continuo y principal ejercicio era la oración.

La noche de su pasión, se separó una vez más de sus discípulos para orar, y se dice que se retiró al huerto, adonde iba con frecuencia a hacer oración. Y allí la hizo con tanto fervor, con tanta devoción, que su cuerpo, por los esfuerzos que hacía, sudó sangre y agua (Lc. 22, 39-44).

Así pues, hijas mías, repito lo que os acabo de decir; no hago más que repetir lo mismo

porque tengo prisa. Por la primera razón vemos que Jesucristo nos recomendó que hiciéramos oración; por la segunda, vemos que nos da confianza y nos exhorta amorosamente a ello; y por la tercera, tenemos el ejemplo que nos ha dado; porque no se contentó nunca con hablar, sino que hizo; e hizo lo que quiso que nosotros hiciéramos; y no quiso nunca nada más que para nuestro mayor bien.

Por todo lo que acabo de decir, mis queridas hermanas, podéis ver cuánta importancia debe tener, la oración para haber sido tan recomendada, enseñada y practicada por el Hijo de Dios, y cuán útil resulta para el alma.

Se ha dicho también, y con razón, que la oración es para el alma lo que el alimento para el cuerpo, y que lo mismo que una persona que se contentase con no comer, más que uno de cada tres o cuatro días, desfallecería enseguida y se pondría en peligro de muerte, o, si viviese, sería lánguidamente, incapaz de realizar nada útil y se convertiría finalmente en un trasto sin fuerza ni vigor, así también el alma que no se alimenta de la oración, o que raramente la hace, se hará tibia, lánguida, sin fuerzas ni entusiasmo, sin virtud alguna, fastidiosa para los demás a insoportable a sí misma.

Y se ha advertido también que de esta forma es como se conserva la vocación, porque es cierto, hijas mías, que una Hija de la Caridad no puede vivir si no hace oración. Es imposible que persevere. Durará quizás algún tiempo, pero el mundo la arrastrará. Encontrará su ocupación demasiado dura, porque no ha tomado este santo refrigerio. Irá languideciendo, se cansará y acabará dejándolo todo. Hijas mías, ¿por qué creéis que muchas han perdido su vocación?; porque descuidaban la oración.

Se ha dicho igualmente que la oración es el alma de nuestras almas; esto es, que la oración es para el alma lo que el alma es para el cuerpo. Pues bien, el alma da la vida al cuerpo, le permite moverse, caminar, hablar y obrar en todo lo que necesita. Si el cuerpo no tuviese alma, sería una carne corrompida, útil solamente para el sepulcro. Pues bien, hijas mías, el alma sin oración es casi lo mismo que ese cuerpo sin alma en lo que se refiere al servicio de Dios; no tiene sentimientos, ni movimientos, no tiene más que deseos rastreros y vulgares de las cosas de la tierra.

A todo esto añadido, mis queridas hijas, que la oración es como un espejo en el que el alma ve todas sus manchas y todas sus fealdades;

observa todo lo que la hace desagradable a Dios, se mira en el, se arregla para hacerse totalmente conforme con él. Las personas del mundo nunca salen de su casa hasta después de haberse arreglado convenientemente ante el espejo, para ver si hay en ellas algo defectuoso, si no hay nada que vaya en contra de las conveniencias sociales. Hay algunas que son tan vanidosas que llevan espejo en sus bolsos, para mirar de vez en cuando si tienen algo que arreglar de nuevo.

Pues bien, hijas mías, lo que hacen las gentes del mundo por agradar al mundo, ¿no es razonable que lo hagan para agradar a Dios las que sirven a Dios? No saldrán nunca sin mirarse en su espejo. Dios quiere que los que le sirven se arreglen también, pero que sea en la santa oración, y que allí, todos los días y varias veces cada día, por medio del examen interior y de sus buenos deseos, vean lo que puede desagradar a Dios en su alma, pidiéndole perdón y gracia para ello.

Se ha dicho que es en la oración donde Dios nos da a conocer lo que quiere que hagamos y lo que quiere que evitemos; y es verdad, mis queridas hijas, porque no hay ninguna acción en la vida que nos haga conocernos

mejor, ni que nos demuestre con mayor evidencia la bondad de Dios, como la oración. Los santos padres se entusiasman cuando hablan de la oración; dicen que es una fuente de juventud en donde el alma se rejuvenece. Los filósofos dicen que entre los secretos de la naturaleza hay una fuente que ellos llaman la fuente de juventud, en donde los viejos beben del agua rejuvenecedora. Sea lo que fuere de esto, sabemos que hay fuentes cuyas aguas son muy buenas para la salud. Pero la oración remoja al alma mucho más realmente que lo que, según los filósofos, rejuvenecía a los cuerpos la fuente de juventud. Allí es donde nuestra alma, debilitada por las malas, costumbres, se torna vigorosa; allí es donde recobra la vista después de haber caído antes en la ceguera; sus oídos, anteriormente sordos a la voz de Dios, se abren a las buenas inspiraciones, y su corazón recibe una nueva fuerza y se siente animado de un entusiasmo que aún no había sentido. ¿De dónde viene que una pobre mujer aldeana que viene a vosotras con toda su tosquedad, ignorando las letras y los misterios, cambie al poco tiempo y se haga modesta, recogida, llena de amor de Dios? ¿Quién ha hecho esto, sino la oración? Es una fuente de ju-

ventud en donde se ha rejuvenecido; allí es donde ha encontrado las gracias que se advierten en ella y que la hacen tal como la veis.

Hay dos clases de oración: la mental y la vocal. La vocal es la que se hace con palabras; la mental es la que se hace sin palabras, con el corazón y el espíritu.

Cuando Moisés guiaba al pueblo de Israel en una batalla, mientras el pueblo combatía, él se ponía delante de Dios con las manos elevadas al cielo; y el pueblo, durante ese tiempo, vencía a sus enemigos; y cuando Moisés dejaba de tener las manos en alto el pueblo perdía (Ex. 17, 11 s.). ¡Gran fuerza la de la oración mental, hijas mías ya que era ése el ejercicio de Moisés, cuando tenía las manos elevadas al cielo sin pronunciar una palabra; y tenía suficiente eficacia para hacer que ganaran la batalla aquellos por los que rezaba!

La Sagrada Escritura nos refiere también que Moisés estaba un día delante de Dios sin pronunciar palabra. Y escuchó la voz de Dios: «Moisés, me estás rompiendo la cabeza; me obligas a hacer lo que no quiero. Este pueblo es ingrato y rebelde a mi ley. Yo quiero castigarlo, pero tú quieres que lo salve. ¿Por qué me obligas? Retírate y déjame hacer mi vo-

luntad» (Ex. 32, 9-10). Fijaos, hijas mías, cómo Dios se ve atado por la oración, y por la oración mental, ya que Moisés no decía ninguna palabra, pero su oración era tan intensa que Dios le decía: «Me estás rompiendo la cabeza; tú quieres que haga lo que yo no quiero hacer».

La oración, hijas mías, es una elevación del espíritu a Dios, por la que el alma se despega como de sí misma para ir a buscar a Dios. Es una conversación del alma con Dios, una comunicación mutua, en la que Dios dice interiormente al alma lo que quiere que sepa y que haga, y donde el alma dice a su Dios lo que El mismo le da a conocer que tiene que pedir. ¡Gran excelencia la de la oración, que nos tiene que hacer estimarla y preferirla a cualquier otra cosa!

La oración es mental o vocal. La oración vocal, que se hace de palabra, se divide en tres clases: la oración de obligación, la oración de devoción y la oración de sacramento. La oración vocal de obligación es el oficio que tienen que rezar los sacerdotes. La oración vocal de devoción, es la que cada uno hace según la inclinación que Dios le da: las Horas de la Santísima Virgen, de la Cruz, las Letanías, las Vís-

peras, etcétera; que se rezan sin obligación, por pura devoción. La oración vocal de sacramento es la que hacen los sacerdotes en la santa misa, y que ordenan los sagrados cánones.

Esto es, hijas mías, lo que se refiere a la oración vocal. Pero aunque se haga de palabra, nunca tiene que hacerse sin una elevación del espíritu a Dios, poniendo atención en lo que se dice. La oración es algo natural, como vemos en los niños, y sus pequeñas oraciones son tan agradables a Dios que algunos doctores han dicho que es allí donde Dios se deleita más. Y un gran personaje, el difunto obispo de Ginebra, apreciaba tanto estas oraciones, que cuando veía a los niños, les llevaba la mano y hacía que le diesen la bendición. Esto os lo digo solamente de pasada, porque tengo prisa y no es esta la oración de la que tenemos que hablar.

La oración mental se hace de dos maneras: una con el entendimiento y otra con la voluntad. La de entendimiento, cuando después de haber leído la lectura, el espíritu se pone en presencia de Dios y allí se ocupa en buscar la inteligencia del misterio propuesto, esto es, la instrucción que le es propia, y en producir afectos para abrazar el bien o evitar

el mal. Y aunque la voluntad produce estos actos, sin embargo, esta oración se llama de entendimiento, porque su función principal, que es la búsqueda, se realiza por el entendimiento, que es el que principalmente se ocupa del tema propuesto. Ordinariamente se la llama meditación. Todo el mundo puede hacerla, cada uno según su alcance y las luces que Dios le da.

La otra clase de oración se llama contemplación; es aquella en donde el alma, en la presencia de Dios, no hace más que recibir lo que El le da. Ella no hace nada, sino que Dios mismo le inspira, sin esfuerzo ninguno de su parte, todo lo que ella podría buscar, y todavía más. Mis queridas hijas, ¿no habéis experimentado nunca esta clase de oración? Estoy seguro que sí la habréis experimentado a veces en vuestros retiros, cuando os extrañáis de que, sin haber puesto nada de vuestra parte, Dios mismo llena vuestro espíritu e imprime en él unos conocimientos que vosotras jamás habríais alcanzado.

Pues bien, en cada una de estas dos maneras de orar, Dios comunica muchas y muy excelentes luces a sus servidores. Allí es donde ilumina su entendimiento con tantas verdades

incomprensibles para todos los que no hacen oración; allí es donde inflama la voluntad; allí es finalmente donde toma posesión completa de los corazones y de las almas.

Entonces, es conveniente que sepáis, mis queridas hermanas, que aunque las personas sabias tengan mayor disposición para hacer oración, y que muchas lo logran y tienen por sí mismas el espíritu abierto a muchas luces, el trato de Dios con las personas sencillas es muy distinto. *Confiteor tibi, Pater*; etc., decía Nuestro Señor (Lc. 10, 21). Te doy gracias, Padre mío, porque has ocultado estas cosas a los sabios del siglo y se las has reservado a los pequeños y a los humildes.

Hijas mías, en los corazones que carecen de la ciencia del mundo y que buscan a Dios en sí mismo, es donde El se complace en distribuir las luces más excelentes y las gracias más importantes. A esos corazones les descubre lo que todas las escuelas no han sabido encontrar, y les revela unos misterios que los más sabios no pueden percibir. Mis queridas hermanas, ¿no creéis que vosotras mismas lo habéis experimentado? Creo que os lo he dicho ya otras veces, y lo repetiré una vez más: nosotros hacemos la repetición de la oración

en nuestra casa, no todos los días, sino a veces cada dos, o cada tres, cuando la Providencia nos lo permite. Pues bien por la gracia de Dios, los sacerdotes la hacen bien, y también los clérigos, más o menos, según lo que Dios les concede: pero nuestros pobres Hermanos, ¡oh! en ellos se realiza la promesa que Dios ha hecho de manifestarse a los pequeños y a los humildes, pues, muchas veces quedamos admirados ante las luces que Dios les da; y es evidente que todo es de Dios, ya que ellos no tienen ningún conocimiento. Unas veces es un pobre zapatero, otras un panadero, un carretero, y sin embargo os llena de admiración. Algunas veces hablamos entre nosotros de esto, con una gran confusión por no ser como vemos que ellos son. Nos decimos mutuamente: «Fíjese en este pobre Hermano; ¿no ha observado usted los hermosos pensamientos que Dios le ha dado? ¿No es admirable? Porque lo que él dice, no lo dice por haberlo aprendido, o haberlo sabido antes; lo sabe después de haber hecho oración». ¡Qué bondad de Dios tan grande e incomprensible al poner sus delicias en comunicarse a los sencillos y a los ignorantes, para darnos a conocer que toda la ciencia del mundo no es más que ignorancia en comparación

con la que El da a los que se esfuerzan en buscarle por el camino de la santa oración!

Así pues, mis queridas hermanas, es preciso que vosotras y yo tomemos la resolución de no dejar de hacer oración todos los días. Digo todos los días, hijas mías; pero, si pudiera ser, diría más: no la dejemos nunca y no dejemos pasar un minuto de tiempo sin estar en oración, esto es, sin tener nuestro espíritu elevado a Dios; porque, propiamente hablando, la oración es, como hemos dicho, una elevación del espíritu a Dios. ¡Pero la oración me impide hacer esta medicina y llevarla, ver a aquel enfermo, a aquella dama! ¡No importa, hijas mías! Vuestra alma no dejará nunca de estar en la presencia de Dios y estará siempre lanzando algún suspiro.

Sí supieseis, hijas mías, el gusto que siente Dios al ver que una pobre mujer aldeana, una pobre Hija de la Caridad, se dirige amorosamente a El, entonces acudiríais a la oración con más confianza que la que yo os podría aconsejar. ¡Si supieseis los tesoros y las gracias que Dios tiene preparadas para vosotras! Si supieseis cuánta ciencia sacaríais de allí, cuánto amor y dulzura encontraríais en la oración. Allí lo encontraréis todo, mis queridas

hijas, porque es la fuente de todas las ciencias. ¿De dónde proviene que veáis a personas sin letras hablando tan bien de Dios, desarrollando los misterios con mayor inteligencia que lo haría un doctor? Un doctor, que no tiene más que su doctrina, habla de Dios de la forma que le ha enseñado su ciencia; pero una persona de oración habla de El de una manera muy distinta. Y la diferencia entre ambos, hijas mías, proviene de que uno habla por simple ciencia adquirida, y el otro por una ciencia infusa, totalmente llena de amor, de forma que el doctor en esa ocasión no es el más sabio. Y es preciso que se calle donde hay una persona de oración, porque ésta habla de Dios de manera muy distinta de como él puede hacerlo.

Hemos visto al Hermano Antonio al pobre Hermano Antonio. Usted lo ha conocido Señorita. ¿Habéis visto alguna vez a una persona hablar de Dios como hacía aquel hombre? Yo nunca he visto nada semejante, porque diez palabras de su boca causaban más impresión en los corazones que lo que podrían decir muchos predicadores. Estaba lleno de una unción que se comunicaba tan dulcemente a los corazones que uno quedaba conmovido. ¿Y dónde lo había aprendido? Lo había aprendi-